

TRIBUNA ABIERTA EN LA MUERTE DE JOSÉ MARTÍN RECUERDA

Martín Recuerda: un dramaturgo en tiempos de silencio

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

LA historia, incluso la de las épocas más oscuras de la humanidad, se compone, aunque desequilibradamente, de luces y de sombras, y nuestra dura y larga postguerra civil no fue una excepción; fue una época sombría, sí, pero en la que muchas gentes luminosas y valientes lucharon y consiguieron romper la resistente corteza de las prohibiciones y hacer hablar al silencio. Venciendo dificultades, desesperanzas y desesperaciones, hubo personas, artistas, poetas, intelectuales, profesores, que luchaban por romper la triste monotonía impuesta, que luchaban por romper la censura y las férreas sujeciones, para abrirnos una ventana al aire puro y libre, para abrirnos una puerta a la realidad, a la crítica, para abrirnos un nuevo horizonte y un portillo al conocimiento de nuestro entorno, a la esperanza en un futuro posible distinto. Aunque forzadas a la intermitencia y muy a duras penas, las luces de la inteligencia conseguían iluminar el espacio cerrado de la oscuridad oficial. A esa estirpe pertenece nuestro Pepe Martín Recuerda.

Así, las primeras generaciones de nuestra postguerra crecimos con muchas limitaciones, y no sólo culturales, pero aún en los años peores de aquel aciago periodo tuvimos la suerte de contar con no pocos buenos profesores, de la misma manera que conquistamos día a día la posibilidad de leer a escritores vivos y cercanos que hablaban de nuestro presente, sorprendernos con un cine alejado de los fastos oficiales e identificarnos con un teatro apasionante y crítico como el de Martín Recuerda. Con él aprendimos a saber, entre otras muchas cosas, lo

que era el buen trabajo en escena y la búsqueda de la participación activa del espectador. Hablar, pues, de este buen granadino es hablar de nuestra memoria, de nuestra vida, de los mejores momentos de nuestro descubrimiento del teatro.

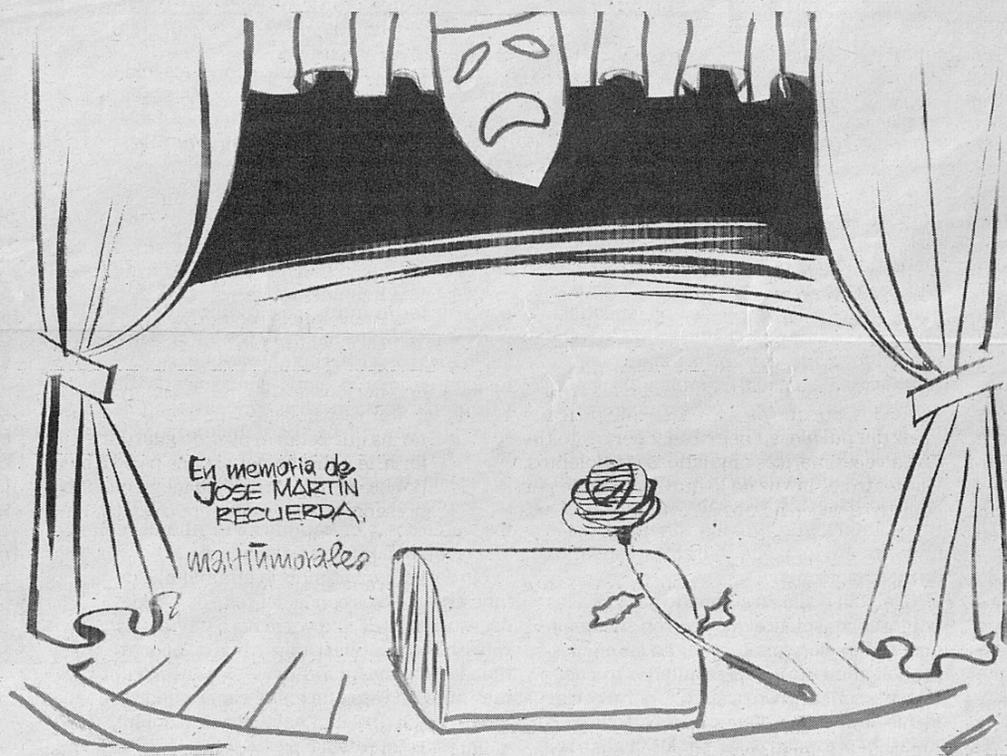
Pero más allá de precisas vivencias generacionales, Martín Recuerda es desde hace muchos lustros un nombre imprescindible en la historia del teatro español por la alta calidad estética de sus textos y por la proyección universal de sus obras, configurado como un verdadero modelo de autor tea-

tral popular, crítico desvelador y espíritu libre, esforzado luchador y poeta rebelde, dramaturgo profundo y desgarrado, que, plantado en el centro de la escena durante la larga dictadura, sufrió lo peor que puede sufrir un autor de teatro: el intento de ser sometido a un silencio casi absoluto que él rompió con una rabia y valentía imposibles de contener.

Dramaturgo insobornable, batallador incombustible, Martín Recuerda escogió el camino más difícil, el del inconformismo permanente, el de la acusación directa, el

de no vacilar en el empeño de señalar con el dedo los problemas más agudos y graves de nuestra sociedad, lo que le llevó a encontrar continuas dificultades en su vida y en su trayectoria dramática, dificultades que se le presentaban como insalvables, pero que de una u otra manera superaba con sorprendente tesón, liberándose con ese gesto trágico, tan suyo, de unas manos que rompen con violencia las cadenas del oprobio y las mordazas de la humillación; porque él nunca claudicó, antes al contrario su compromiso con la realidad fue y ha ido siempre en aumento. Y en ese empeño ha continuado mientras, humano demasiado humano, no lo han faltado las fuerzas.

Dramaturgo del grito violento y la suave ternura, renovador de la escena con sus propuestas de 'teatro total' y 'teatro fiesta', también la obra de José Martín Recuerda se caracteriza distintivamente en el panorama español por su especial vinculación con la mejor tradición del teatro clásico español, la tradición que va de la Celestina y Lope de Vega a Valle-Inclán y García Lorca, y también con la tradición literaria española, con la escritura más crítica y con los personajes históricos más heterodoxos, rebeldes y sufridos del devenir español y granadino (San Juan de Dios, Mariana Pineda, Ángel Ganivet, Manuel de Falla). En todas esas tradiciones —la escénica, la literaria y la histórica— José Martín Recuerda ha sabido encontrar en cada momento temas de inspiración brillante, siempre vinculados a nuestra realidad más palpante y conflictiva.



RECALCAN los manuales de estética que no han de confundirse vidas y obras de los artistas; que un poeta, como Juan Ramón, pudo ser arisco en vida y dejarnos una obra suave y colmada de ternura o un músico, como Mozart, escribir los pasajes más joviales cuando la penuria convivía en sus estancias. Sin embargo las excepciones son igualmente gloriosas y una de ellas acaba de dejarnos para existir únicamente en las glosas y epítomes de dichos manuales.

José Martín Recuerda es para nosotros Pepe, el del teatrico. Con el genitivo terminado en ico, como corresponde a nuestro hablar y nuestra forma de teatralizar la vida, la de los demás y la propia. Un granadino que fundió y confundió, hasta su mutis final, vida con obra y viceversa.

En 1954 estrenó, en el flamante Isabel la Católica, su primera obra: La Llanura. Planicie de mentes frente a montañas de miseria, llanura de desierto frente a anfractuosidades de posguerra. Él ansiaba que la llana España se hiciese monte y que surgiesen picos con todo lo tapado, con todo lo aplinado por aquellas allanadoras movidas por venganza o por envidia.

En 1955 estrenó, en el derribado Cervantes, Los átridas. Su vida está también aquí, ahora en la metáfora lejana. Para que quienes quisieran comprender que comprendan. Atmósfera asfixiante de provincia meridional, la que le hace ir a la Sorbona a estu-

diar, la que le hace buscar más tarde aires norteamericanos o salmantinos o...

Las ilusiones de las hermanas viajeras es obra de aquellos años. Viajes imaginados, casi desde su casa, por dos mujeres mayores a bordo de un landó que es su balcón a Bibarrambra y un paisaje que no desfila, que siempre huele a tilos y a carcunda, pero que Pepe aroma de poesía para salvar a la mujer, su aliada en el teatro. Y estrena El payaso y los pueblos del sur, un nuevo espejo de su lucha diaria con los incultos, con la censura, con la verdad más cruda. Ahora él es el payaso de circo que fracasa, que llora ante un pueblo miserable que no es capaz de reír con inocencia, sino que sólo suelta sus carcajadas al ridiculizar entre amigotes al sarsa o al tontico del barrio. ¿Nos suena?

En 1959 estrena en Madrid su primer premio Lope de Vega: El teatrito de don Ramón. Ya es Recuerda sin ocultaciones. Aunque

habla de Ramón, el del Liceo, todos vemos a Pepe, el del teatrico, el que entregará vida, alma y voz a la tarea de poner en escena nuestras bajezas pero también la poesía que late en muchas almas grandes de su Granada.

En 1963 llegarán Las salvajes en puente san Gil. Y Pepe con ellas, y su palabra devendrá en salvaje; ya endurecida, dejará de ser el susurro metafórico de los cincuenta para hacerse grito y denuncia. A ella sigue, en 1964, El Cristo, para que vean los pañosos. En 1965 ¿Quién quiere una copla del Arcipreste de Hita? para que canten los aletargados. Y poco después Como las secas cañas del camino, justo como queda la voz de Recuerda tras tanto afán, como reciben su voz los puristas, tras tanta evasión propiciada por la bonanza económica franquista.

En los setenta Pepe es un preso más de

aquella España de rejas invisibles. Se le ve en su celda, cuando asistimos a Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipcíaca. Y se le ve, en otra celda diferente, cuando leemos El engaño, su segundo premio Lope de Vega. Engaño de premio y de estreno, que hubo de esperar hasta 1981 por un cambio de ministro.

Pepe sigue siendo Pepe en Las conversaciones (1980) en Caballos desbocaos (1981) y en La Trotsky. Alguien rompe su propuesta para estrenar en el Festival de Teatro de Granada, y su obra de entonces es Carteles rotos. Pero él continúa como un caballero, y de su pluma sale Amadís de Gaula. Se siente granadino y lejano como Ganivet, cuando da a la imprenta Los últimos días del escultor de su alma (1998) y su vida sigue siendo un teatrico: tierno como el de Don Ramón, convincente como el grito de Mariana, dolorido como la vida de Juan Ciudad, nostálgico como los viajes de la Trotsky y sencillo como La Llanura con la que comenzó su primer acto.

Pepe, ya estás en el mismo escenario que Juan Ramón y que Mozart. Los manuales guardarán eterna memoria de ti, porque la nuestra, tarde o temprano, se desvanecerá con nuestra caída de telón. Tú ya te cansaste de esperar a Godot, ahora por fin estás escribiendo la obra que nadie te censurará. Alégrate porque ahora estás interpretando el personaje pirandelliano que tanto te gustaba: ahora ya encontraste a tu Autor.

Pepe, el del teatrico

ANDRÉS MOLINARI